

Protestar contra los habitantes de la calle

CATALINA URIBE



EN 1977 LA ORGANIZACIÓN NEONAZI más grande de EE.UU. anunció una marcha para exponer sus ideales en un suburbio judío a las afueras de Chicago. El caso llegó hasta la Corte Suprema, la cual, considerando la libertad de expresión, decidió autorizar la marcha aunque no en el barrio judío. La decisión tuvo un sabor agri dulce: ¿es acaso legítimo protestar en contra de la existencia de un grupo de la población?

Las decisiones sobre marchas ideológicas son siempre controversiales; unos alegan la

importancia de expresar los ideales mientras otros argumentan que incitan al odio. Una disputa no muy distinta vivió el país hace unas semanas con relación a unas cartillas. Por días, una parte del país se sintió en el derecho de expresar su odio contra una minoría, cuya falta es la de existir.

En una línea no muy distinta algunos ciudadanos salieron en días pasados a protestar contra los habitantes de la calle. Los manifestantes aseguran que los exhabitantes del Bronx les han traído inseguridad a sus barrios, causándoles además pérdidas en sus establecimientos de comercio. La situación es problemática, sin duda. Pero, ¿es contra los habitantes o contra la Alcaldía que se deben dirigir las protestas?

Por el horror que se vivía en el Bronx fue una buena decisión su intervención. Sin em-

bargo, también es un problema el drama humano que están viviendo los habitantes de la calle. Las protestas deberían estar encaminadas a pedirle a la Alcaldía políticas claras para el cuidado de esta población, no a protestar contra su presencia. De donde estamos a la "limpieza social" hay un solo paso.

Es bueno que las sociedades ventilen sus ánimos para que luego no exploten. Sin embargo, una cosa es airear las inconformidades para que ley se amplíe y proteja, y otra es pedir la aplicación injustificada de violencia contra otro grupo de seres humanos. Es hora de que dejemos de creer que es posible irse así sin más en contra de alguien sin pensar en las terribles consecuencias que tales discursos traen consigo. También es hora de que la Alcaldía entienda que los habitantes de la calle son igualmente su problema.

Familia II

JOSÉ FERNANDO ISAZA



PRETENDER QUE LA BIBLIA TENGA, EN UNA sociedad laica, una autoridad superior a la Constitución es igual a la política del Estado Islámico de afirmar que el Corán es la ley.

Las familias de los principales protagonistas de la Biblia no pueden tomarse como un modelo a seguir.

José y sus 11 hermanos: estos por envidia buscan asesinarlo, pero no lo hacen porque es más provechoso venderlo como esclavo: "¿Qué ganamos con matar a nuestro hermano y echar tierra sobre su sangre? Vamos a venderlo a los ismaelitas..." (Génesis 37:26).

David, el rey guerrero, tenía algunos rasgos de bisexual, es decir, comía de dulce y de sal: "Jonatán se encariño con David; lo quiso como a sí mismo, se quitó el manto que llevaba y se lo dio a David, y también su ropa, la espada, el arco y el cinto" (1 Samuel 18-2). David no era monógamo: "David tomó en Jerusalén otras concubinas y esposas que le dieron hijos e hijas" (2 Samuel 5-12). No tuvo ninguna restricción para hacer matar a Urias, el esposo de Betsabé, quien fue su amante y con quien tuvo un hijo: "Pon a Urias en primera línea, donde sea más recia la lucha y se retiren dejándolo solo para que lo hieran y muera" (2 Samuel 11-15).

Otro modelo bíblico familiar, propuesto por quienes atacan la idea de promover la educación incluyente, es el de Salomón. Es conocida su fama de hombre sabio, rey riquísimo, constructor del templo que lleva su nombre etc. La Biblia dice: "Salomón se enamoró perdidamente de ellas; tenía 700 esposas y 300 concubinas" (1 Reyes 11-3). El dato puede ser algo exagerado, pero como saber si ese Dios furibundo de la Biblia hablaba en serio o en broma.

Abundan otras familias como la de Esaú y Jacob, en donde campeon el engaño, la avaricia. O la de Abraham, con su frustrado filicidio. En realidad es difícil encontrar el modelo de familia que pretenden imponer los piadosos enemigos de las cartillas de convivencia escolar.

Se puede argumentar que los ejemplos anteriores son del Antiguo Testamento, que en el Nuevo el amor predomina. Sin embargo, es el mismo Dios quien dicta los textos. Se requiere, por ejemplo, mucha imaginación para llamar un tratado de amor al Apocalipsis de San Juan.

La familia modelo, por supuesto, es la llamada Sagrada Familia, pero tiene algunas dificultades seguirla como ejemplo. Inicialmente consta de tres personas: el padre, la madre y el hijo, pero el hijo no es el hijo del padre, y hoy las fecundaciones divinas son extremadamente escasas. Otro punto es que una familia con un hijo único no cumple el precepto de crecer y multiplicarse, pues la población disminuiría. Para que una población aumente, se requiere que las parejas tengan un promedio superior a 2,3 hijos. Parece que la Sagrada Familia sí tuvo más hijos: "La gente estaba sentada junto a él (se refiere a Jesús) y le dicen: «Mira tu madre, hermanos y hermanas están fuera y te buscan»" (Marcos 3-32).

En el Nuevo Testamento se predica una posición inferior de la mujer: "El varón no tiene que cubrirse la cabeza, siendo imagen de la gloria de Dios, mientras que la mujer es gloria del varón" (1 Corintios 11-7). "Pues el marido de la mujer como Cristo es la cabeza de la Iglesia" (Efesios 5-23). "Mujeres, someteos a vuestros maridos" (1 Pedro 3-1). ¿Es este el modelo de relación hombre-mujer que quieren quienes marcharon contra Gina?

Osuna



Acuerdo Farc-Track

Todos nuestros muertos

MELBA ESCOBAR



NO RECUERDO CUÁNDO SUPE QUE este país estaba en guerra. Pasaron los años y esa información se convirtió en parte del decorado, una rareza que se normaliza, del mismo modo que se normalizó la voz de un presentador dando el número de soldados y de guerrilleros muertos en combate en las noticias de la noche, el recuento mensual del número de secuestros en la prensa, el número de desplazados, de desaparecidos, de menores reclutados por grupos armados, de niños y mujeres muertos en alguna masacre.

De una u otra manera, todos los colombianos hemos padecido la guerra. Unos como víctimas directas, otros con alguna secuela menor. Pero difícilmente alguien ha salido invicto. En mi caso particular, recuerdo haber hecho un viaje en el 2001 con mi novio de entonces. Aunque estaban en los diálogos del Caguán, aunque San Agustín era zona roja, resolvimos ir a conocer,

pues éramos jóvenes y nos creíamos invencibles, pero sobre todo libres. No le dijimos a la familia. A mi papá, con quien vivía, le dije que iba a Girardot.

En San Agustín había toque de queda. El ambiente era tenso. Se veían pocas personas en la calle, incluso a plena luz del día. Pero queríamos ejecutar esa tesis según la cual en Colombia los buenos somos más, y a unos jóvenes curiosos de conocer su país nadie iba a hacerles daño. Fuimos y volvimos de San Agustín sin lesiones. Sin embargo, durante un recorrido a caballo conocimos a unos muchachos muy simpáticos cargados con muy buenos equipos para acampar y cocinar. Tendrían nuestra edad. Se reían mucho. Uno de ellos dibujaba todo lo que veía. No recuerdo si todos, pero algunos eran estudiantes de la Nacional. Conversamos, anduvimos a caballo, almorzamos juntos y al final nos invitaron a seguir con ellos la expedición que planeaban hacer hasta Tierradentro. En parte porque no teníamos equipo, en parte porque teníamos que volver a la universidad, desistimos de acompañarlos. Esa noche dormimos en el pueblo, ellos siguieron ruta hacia San José de Isnos, de donde seguirían a El Congreso y luego a Tierradentro.

Cuando siguieron su camino, volvimos a

San Agustín, donde dormimos esa noche y una más en el camino antes de seguir a Bogotá. Llegué de madrugada para encontrar en la puerta de la casa un titular del periódico que decía "Masacre en el Puracé". La cara de los excursionistas con quienes había estado dos días antes aparecía en fotos pequeñas, tipo documento. Los mataron a todos. Fue un frente de las Farc.

Luego de leer la portada del diario, le conté la verdad a mi papá, entendí lo cerca que estuve de ser un retrato más en esa primera página del periódico. Pensé en mis compañeros de viaje, en su juventud, sus ganas de conocer el país, su entusiasmo, su bonhomía. Entendí que habría podido ser otro número más en las cifras que a veces miramos de reojo, casi con indiferencia, como si fueran cuadros contables. La guerra se va llevando gente hasta que un día el turno le toca a uno.

Por eso hoy pienso que celebrar la paz es una tarea moral de todos. Se lo debemos a nuestros muertos, a nuestros hijos y a nosotros mismos. Lo que nos está pasando lo intentaron sin éxito los últimos cinco gobiernos. Lo que nos está pasando es la oportunidad de alcanzar la paz. Quizá la única. Una oportunidad que, confieso, nunca pensé que alcanzaría a vivir.